



Universidad Nacional de Tres de Febrero

TALLER

Introducción a la problemática
del mundo contemporáneo

Profesor Titular: **Ing. Agr. Carlos Mundt**

"Cultura e identidad nacional"

RACISMO

UN INFORME DE LA ONU ALERTA SOBRE LA DISCRIMINACION DE NEGROS EN LA ARGENTINA

Un estudio reciente divulgado por las Naciones Unidas, realizado por el Grupo internacional para los Derechos de las Minorías, describe la segregación que todavía sufre la población negra en todo el mundo. El trabajo especifica que nuestro país no escapa a esa tendencia. Como botones de muestra, historias de racismo argentino vividas y sufridas en carne y hueso por afrodescendientes. Otra investigación muestra que el 10% de los porteños desciende de africanos.

"No, señor, usted está equivocado", contestó Miriam Gómes, descendiente caboverdiana y profesora de Literatura Africana, cuando el caballero montado en su automóvil le ofreció dinero a cambio de algunos servicios sexuales. "No te hagas la linda. ¿Quién te crees que sos?", replicó él, enfurecido. De inmediato; un estallido salió de su boca: 'Mora decís que no pero si estuvieras en la época de la esclavitud no tendrías derecho a decir nada'".

Esta escena no es más que una muestra de las reiteradas situaciones-de discriminación que vive la Población afrodescendiente en nuestro país. Atrás quedó la trata de esclavos y los sitios restringidos para negros; sin embargo, un informe elaborado por el Grupo Internacional para los Derechos de las Minorías, divulgado por Naciones Unidas, asegura que en la actualidad la población de origen africano es discriminada social, económica e institucionalmente en toda Latinoamérica, aun cuando, por ejemplo en Argentina, es central en muchas áreas de producción.

Según Enrique Oteiza, sociólogo y presidente del Instituto Nacional contra la Discriminación, la Xenofobia y el Racismo, el personal del Estado y las fuerzas de seguridad aparecen involucrados en muchos de los casos de discriminación a afrodescendientes.

"Todos los días estás pensando quién es el próximo que te va insultar", dice apesadumbrada María Lamadrid, descendiente de esclavos africanos y presidenta de la ONG África Vive. Es necesario vivirlo para saber lo que eso significa, y ella lo sabe. A mediados de 2002 fue detenida por Migraciones en el Aeropuerto de Ezeiza cuando iba a Panamá a gestionar un préstamo para su fundación. "Este pasaporte es trucho", dijo a los gritos una funcionaria aeroportuaria. "Usted no puede ser argentina si es negra. Debe ser peruana", agregó sin pudor alguno. En pocos minutos, María fue a parar a una celda. Tres horas después, le pidieron disculpas. Sólo se había catado de un error en el sistema de control de los pasaportes. Pero ella no creyó esa explicación: "Es simple, pensaron que no podía ser que una negra viajara al exterior", sentencia la exuberante mujer.

Varias veces más. No fue la única vez que María sintió el racismo en carne propia. Se le opaca la mirada y cuenta: "En el '99 iba a una cumbre en Colombia y una mujer se negó a sentarse junto a mí en el avión por ser afro". De pronto, suelta una risa de Mere-dulidad y apunta: "En otra ocasión, un concejal me llegó a decir que su abuela era negra y que la tenían escondida en el fondo de la casa".

Las historias sobre discriminación racial se repiten una y otra vez. Pero no todos las viven igual. Despreocupada del prejuicio de los otros, Ana María García Lacayo, presidenta del Instituto de Desarrollo Afro, admite que en reiteradas oportunidades se sintió discriminada por su color de piel. Indignada, pero en tono jocosos, dice: "Algunas señoras que te encontrás en la calle se agarran la cartera cuando te ven. Y quizá la mía tenga más plata que la de ellas".

Hoy, la mayoría de
descendientes de africanos
vive en zonas marginales y
no tiene trabajo

Esta mujer de gesto alegre afirma que no habría dejado su Honduras natal si no fuera porque se casó con un mapuche argentino. "Mis dos últimos hijos tienen tres partes de Indoamérica y una afro. Ellos sufren un poco más la discriminación", explica García Lacayo. Y se arriesga a soñar: "Me gustaría estar en un lugar donde estés relajado, con los tuyos".

Refugiado. Simba Lema, un congoleño de manos gigantes, tampoco quería abandonar su hogar cuando decidió subirse al barco que lo traería a Buenos Aires para escapar de la persecución política del gobierno de la República Democrática del Congo. Su condición de refugiado y la falta de trabajo, sumadas al racismo de algunos, parecen hacer difícil su vida aquí. "Cuando me siento junto a alguien en el tren o en el colectivo se cambian de asiento" señala en su enmarañado inglés. Y aclara de modo contundente "A veces los gestos dicen más que las palabras".

A partir de la década del 90 llegaron al país migrantes de Senegal, Nigeria, Mali, Sierra Leona, Liberia, Ghana y Congo escapando de la miseria y de la persecución política. También arribaron afrodescendientes de otras naciones de Latinoamérica, como Brasil, Cuba, Colombia, Ecuador, República Dominicana y Honduras.

Agustín Casiani es de San Basilio de Palenque, una pequeña ciudad ubicada al sudeste de Cartagena de Indias, Colombia. Llegó a Buenos Aires hace unos meses, siguiendo a una risueña argentina con la que hoy tiene un niño. Una vez aquí, le dio cuenta de que las cosas no eran tan fáciles: "Recuerdo que hice una entrevista de trabajo por teléfono y cuando me vieron se sorprendieron porque mi apellido es italiano y no se imaginaron que era negro. Se quedaron mirándome boquiabiertos". Sin embargo, Casiani no piensa que el racismo es algo

generalizado en estas tierras: "Hay gente que hasta me ha dicho que le gusta. ría ser negro. Eso me llena de orgullo".

Contra lo que pensamos de nosotros mismos, todas las historias son de intolerancia

Sentada en el luminoso living de su departamento, Elisa de Souza de Melgarejo coincide con Casiani en que Argentina no es un país racista, aun Cuando hace seis años un hombre le dijo que a los negros había que "matarlos a todos de chiquitos" mientras salía del supermercado con su nieto de un año y medie en brazos. Hace casi tres meses, la Justicia Civil condenó a su agresor, Facundo Mazzini Uriburu, a pagarle 70 mil pesos de indemnización.

Con todo, la satisfacción de haber logrado justicia no le quita el sabor amargo de aquellos días: "La libertad la perdí. Para mí la calle es como una cárcel" dice De Melgarejo. Y reflexiona "Había escuchado sobre la discriminación pero a mí nunca me había pasado nada, hasta que me pasó. Y ahí dije: sí, existe la gente que no quiere a los negros. Hasta que a uno no le pasa, está en la vereda de enfrente".



MARIA LAMADRID

- ◆ Tiene 60 años y es empleada doméstica
- ◆ Es argentina
- ◆ Fue detenida en Ezeiza porque pensaron que su pasaporte era falso. "No puede ser argentina si es negra", le dijo una funcionaria aeroportuaria



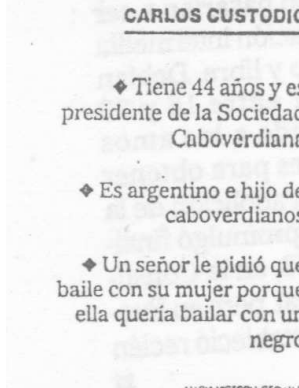
AGUSTIN CASIANI

- ◆ Tiene 27 años
- ◆ Vino de Colombia hace pocos meses y se casó con una argentina
- ◆ Le dieron una entrevista de trabajo por teléfono y cuando lo vieron se sorprendieron porque era negro



MIRIAM GOMES

- ◆ Tiene 44 años y es profesora de Literatura Africana
- ◆ Nació en Argentina, de padres caboverdianos
- ◆ A veces se siente sobrevalorada en el ámbito académico por el sólo hecho de ser negra



CARLOS CUSTODIO

- ◆ Tiene 44 años y es presidente de la Sociedad Caboverdiana
- ◆ Es argentino e hijo de caboverdianos
- ◆ Un señor le pidió que baile con su mujer porque ella quería bailar con un negro



Descendientes. Según una prueba piloto de la Universidad Nacional Tres de Febrero y el INDEC, que se efectuó a principio de 2005, la presencia de descendientes de africanos en nuestro país llega casi a un 6 por ciento, es decir, cerca de dos millones de personas. Esta cifra coincide con las estimaciones que hicieron instituciones extranjeras como la Fundación Gaviria, la Universidad de Oxford y algunas organizaciones de afrodescendientes.

Entretanto, la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA realizó un estudio genético a partir del cual pudo establecer que alrededor de un 10 por ciento de la población de Capital Federal tiene ascendencia africana (ver recuadro).

Estos resultados no son extraños si pensamos que para 1810 los negros conformaban el 30 por ciento de los habitantes de la Ciudad de Buenos Aires. A mediados del siglo XIX esta cifra fue disminuyendo, Muchos habían muerto a causa de epidemias y un enorme número de sus hombres cayeron en combate en la Guerra de la Triple Alianza (1865-1870), tito último produjo un gran desequilibrio entre la cantidad de varones y mujeres afro, dando lugar al mestizaje.



ELISA DE SOUZA DE MELGAREJO

- ◆ Tiene 60 años
- ◆ Es brasileña y hace 27 años que vive en Argentina
- ◆ Fue insultada con términos discriminatorios a la salida de un supermercado y su agresor tuvo que indemnizarla

ANA MARIA GARCIA LACAYO

- ◆ Tiene 43 años y es presidenta del Instituto de Desarrollo Afro
- ◆ Es de Honduras y está casada con un mapuche argentino
- ◆ Asegura que algunas mujeres se agarran la cartera cuando la ven en la calle



"Los negros que quedaron estaban en un proceso de blanquización. Hay familias donde en un principio todos sus integrantes eran negros y después terminaron siendo blancos", expresa Daniel Schavelzon, investigador del Conicet y autor del libro Buenos Aires negra. Concierto pesar, García Lacayo relata: Sé que hay afros que tuvieron que desdibujarse para sobrevivir Tuvieron que negarse a sí mismos".

Cuestión doméstica. Hoy, como ayer, las mujeres afrodescendientes siguen trabajando en el servicio doméstico. Gómes detalla. «Están arrastrando las consecuencias de la esclavitud. Casi todas siguen desarrollando los mismos oficios que tenían durante la época colonial. Hay muy pocos negros universitarios". Alerta y a la defensiva, agrega: "Algunos me sobrevaloran porque les parece increíble que haya llegado a ser profesora cuando miles y miles de personas lo son. Pero como soy negra, parece que tengo que tener una superinteligencia: "Cómo puede ser que sea como nosotros'. No lo dicen, pero eso subyace".

En la actualidad, muchos descendientes de africanos viven en zonas marginales, la mayoría no llega a la escuela secundaria y, en general, están desocupados o tienen trabajos precarios. Según el Banco Interamericano de Desarrollo y el Banco Mundial, la pobreza y la exclusión económica de los afrodescendientes es consecuencia de la marginación racial.

Bailan bien. Son buenos para el sexo llevan el deporte en la sangre. Son algunos de los estereotipos que hay sobre los negros. "Algunos aceptan y hasta a veces aprovechan ese lugar", afirma Gómez. Otros, no. Carlos Alberto Custodio, hijo de caboverdianos, da cuenta de ello: Un día estaba bailando y se me acerca un hombre y me dice: 'Mi mujer quiere bailar con vos'. Entonces le pregunto: "quien es tu mujer?". "Esa que está ahí", me responde. Le contesto: "No ¿quién es para hallar conmigo? Anda y decile que yo no bailo con ella". La mujer quería bailar con un negro; que vaya y pinte a su marido con un corcho.

¿UNO DE CADA 10 PORTEÑOS ES AGRO?

¿De dónde eran tus abuelos? ¿Y tus bisabuelos? ¿Españoles o italianos? En fin, ¿de qué parte de Europa viene tu familia?, nos han preguntado una y otra vez. Cierto es que muchos de nosotros provenimos de raíces europeas, sin embargo un estudio genético realizado por la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA asegura que el diez por ciento de los porteños tiene ascendentes africanos.

Al parecer, este dato rompe con la ilusión europeizante de la Argentina y hace visible lo que por años permaneció oculto. "Teniendo en cuenta que a mediados del siglo XIX existía entre un 25 y un 30% de ciudadanos africanos en la Ciudad de Buenos Aires, nos preguntamos cuál era el grado de participación de africanos hoy en la composición genética de la población de la ciudad", explica el titular de Antropología Biológica de la UBA e integrante del equipo de investigación, Francisco Carnese. La finalidad del trabajo era "saber qué pasó con esa población a nivel genético porque efectivamente, desde el punto de vista fenotípico, casi no se ven africanos en Buenos Aires", indica el profesor.

El estudio, financiado por el Conicet, Ubacyt y la Universidad Paul Sabatier de Toulouse, se realizó con muestras de sangre del Hospital Italiano y del Hospital de Clínicas. Otras investigaciones similares se están realizando en Bahía Blanca y La Plata, y tienen planeado extenderlas a Córdoba y Comodoro Rivadavia.

OBSERVADOR

La Argentina negra

MARTA BEATRIZ GOLBERG*

Los argentinos están orgullosos de ser el país más blanco de Latinoamérica y que Buenos Aires sea comparada con' Europa por el aspecto de su población, su arquitectura y su movimiento cultural. Esto los lleva a olvidar la presencia negra en su historia y en su cultura presente hasta en el tango, baile que nos identifica en todo el mundo.

¿Negros en Argentina? Ni los hay ni los hubo nunca, se contesta comúnmente. Verdadera amnesia, porque en todas las fiestas patrias escolares hay niños disfrazados de negros vendedores ambulantes o que bailan el "Pericón". Ante esta evidencia, suelen decir que eran muy pocos, que los tratábamos muy bien, o que la esclavitud terminó muy temprano, en 1813. Todas estas respuestas son erróneas. Ni fueron muy pocos, ni los tratábamos tan bien ni la esclavitud concluyó en 1813.

En 1810, un tercio de la población de Buenos Aires era de origen africano. En Córdoba, Tucumán y Cata-marca, en el último tercio del siglo XVIII, había más negros que blancos. En las estancias coloniales rioplatenses también había esclavos, En un inventario de los bienes de Rosas en 1825 se registran 33 esclavos. Muchos eran capataces y tenían a su cargo asalariados blancos

Decir que en nuestro país nunca hubo negros es un verdadero ejemplo de amnesia

Los viajeros de fines de la época colonial comentaban que todos los oficios manuales eran realizados por africanos o afrodescendientes.

La legislación colonial española establecía penas a los amos que se hubieran excedido al castigar a sus esclavos. Estos podían recurrir a la Justicia pero rara vez conseguían resarcimiento alguno por los malos tratos recibidos.

Para 1813, La Asamblea decretó la libertad de vientres: aquellos que nacieran a partir de ese año pasarían a ser libertos, situación intermedia entre esclavo y libre. Debían permanecer entre 16 y 20 años sirviendo a los amos de sus madres para obtener la libertad. La abolición de la esclavitud se promulgó finalmente en 1853, en la Constitución Nacional, pero en Buenos Aires se estableció recién en 1860.

* Experta en afrodescendientes, profesora universitaria y miembro del Comité Científico Internacional de la Ruta del Esclavo de la UNESCO

Políticas de Identidad

Lo mismo y lo otro

Carolina Mera

...bueno una vez papá me había dicho, me acuerdo, eso de venirme a estudiar a Corea. Y desde ese momento fijate que a mí ya no me resultaba chocante la idea de apartarme de eso que has vivido siempre y poder empezar una cosa nueva, no? Y ya desde ahí, claro es que también se ve que, yo lo interpreto como que es un cambio que tengo de la adolescencia. Es que cuando sos distinto, especialmente, no distinto sólo de la cara para adentro, sino para afuera. Por que nosotros imaginate tenemos la piel de un color distinto, que se yo, los ojos rasgados. Y que a simple vista dicen esta no es argentina, entonces eso es que influye mucho, no? sentirte distinta, no sólo por la parte digamos de personalidad, cultural digamos, sino por el hecho de verte distinta. Y uno de chica no se daba cuenta de esas diferencias, hasta que llega a los más o menos 12, 13 años que es cuando se empieza la adolescencia y ahí te sientes distinta. Y encima de que siendo una adolescente normal de este país te sientes distinta a los demás. Tener esas condiciones físicas peor todavía, no? Entonces yo me decía: yo me veo coreana en el espejo pero por dentro a veces no tengo cosas coreanas, tengo cosas argentinas también, que es parte de mi vivencia de ahí, es normal. Y bueno ahí te viene la crisis de identidad. A mí se me hace que eso también influyó mucho para que me venga a Corea. (ella, 26, Corea)

Muy ocasionalmente encontramos "trabajos científicos", novelas, ensayos o simplemente relatos que nos acerquen a la presencia de tensiones étnicas en nuestro país. Y esto se debe principalmente a que el hecho de reconocer un conflicto étnico, nos ubicaría en una posición contradictoria a la tendencia predominante en la cultura histórica y política de nuestro país, a saber, la de negación de la existencia de toda categoría étnica.

La presencia de personas provenientes de países asiáticos, centroamericanos y africanos, producto de las nuevas olas migratorias, donde la visibilidad de sus facciones evidencia los orígenes nacionales y/o etnoculturales, impone hoy un debate sobre el pluralismo etnocultural de nuestro país. Cuando exploramos estas nuevas situaciones, percibimos que la instalación cada vez más evidente de estas comunidades pone en evidencia la connotación negativa que tiene la idea de "diferencias culturales" para el sentido común¹.

Para contribuir al debate acerca de estas problemáticas voy a trabajar sobre reflexiones que se desprenden del trabajo de campo realizado en y con la comunidad coreana de Buenos Aires durante los últimos 8 años.

Nuestro propósito es el de analizar la relación entre el imaginario social de la segregación, por el cual el sentido común urbano sostiene que "los coreanos no se integran" en relación a algunas características de la vida cotidiana de estos inmigrantes, provenientes de Corea del Sur, instalados en la Ciudad de Buenos Aires desde hace ya más de 30 años.

Todo fenómeno de relaciones interétnicas está condicionado por el tipo de integración y por las características propias del movimiento migratorio del que son producto, remitiéndonos inevitablemente al problema de la aculturación o asimilación de las culturas minoritarias.

Estos términos (aculturación, asimilación), que durante tanto tiempo formaron parte del léxico político y académico, son hoy casi un tabú. El proceso de "asimilación" exigido a las corrientes migratorias de fin del siglo XIX y principios del XX es, a los ojos de la política multicultural que reina en el espíritu de época, antidemocrático. De esta manera, vemos remplazar el término "asimilación" por otros como "integración" o "inserción", que contribuyen al afianzamiento del pluralismo cultural que pretenden alcanzar las sociedades modernas.

Sin embargo, frente al efervescente debate que se da en el ámbito político-académico internacional acerca de la legitimidad del "derecho a la diferencias", en nuestro país aparecen aún discursos que culpabilizan a los nuevos inmigrantes por no asimilarse a "nuestra cultura", sin plantear un debate sobre el tema. A mi entender, la negación del debate reside en que aún no se han replanteado ni modificado los presupuestos del sentido común sobre el que se construyó la historia local autorizada. "El sentido común no es lo que percibe espontáneamente una mente liberada de propensiones; es, más bien, lo que colige una mente llena de presunciones."² Son estas presunciones en temas de identidad, inmigración, integración y asimilación, los pilares desde donde nace la idea de naturalidad u obviedad de ciertos presupuestos sobre los cuales se juzgan los comportamientos de los migrantes. Me refiero, por ejemplo, al "no es una buena inmigración porque no se asimilan" o "los coreanos no se adaptan a nuestra cultura, los judíos sí". Estos presupuestos naturalizados en el discurso porteño, encuentran base en la idea de una cultura homogénea y un imaginario por el cual el país se compone de inmigrantes europeos, blancos y católicos. De esta manera, se construye una red de sentidos cuyos significados simbólicos apuntan a la revalorización del inmigrante "blanco y europeo", hacedor de la Nación, frente a aquel que pudiera representar "lo nativo". Es en la conformación de esta "identidad nacional" que se da el proceso por el cual ciertos actores son revalorizados mientras que otros son simplemente envueltos en el anonimato del mito ítalo-español. El "nosotros" instaura la negación del "otro" como diferente constitutivo de la identidad nacional. A partir de esta conciencia de sí misma es que se reinventa la historia colectiva,

donde las particularidades culturales que no responden al modelo hegemónico se esconden, cada vez más, en la privacidad del hogar.

A esta Argentina llegan las nuevas olas migratorias. Ni altos, ni rubios, ni europeos, se enfrentan cotidianamente a una sociedad hostil que les otorga, desde el primer momento, el último rango en la escala de las jerarquías sociales, tanto a nivel práctico como simbólico.

La reflexión acerca de la construcción de identidades (hegemónicas y parciales) adquiere relevancia en la medida en que se articula con el debate sobre lo universal y lo particular, lo público y lo privado, en el marco de la globalización.

IDENTIDAD ÉTNICA VS. RED DE SOLIDARIDAD ÉTNICA

pero la sociedad no te va a tratar como a una argentina, la sociedad es muy diferente con los extranjeros... todo el mundo diferencia un argentino de un coreano, entendés? La sociedad puede ser más duro para un coreano que para un argentino, por ejemplo, cuando un argentino se equivoca, bueno se equivocó y listo, pero cuando decís se equivoca un coreano, ah! Porque los coreanos son todos así! Entendés? (ella, 22, Corea)

Si las identidades son estados transitorios que se resignifican constantemente, la especificidad de cada corriente migratoria debe ser analizada dentro de esta dinámica de cambio y transformación, proceso que condiciona el tipo de integración y las características del cambio de valores de las personas en cuestión, tanto de aquellos que se desplazan como de los que forman parte del escenario local receptor.

La modalidad de instalación del grupo coreano en el espacio urbano de la Ciudad de Buenos Aires, caracterizado por un alto grado de concentración espacial³, será analizada desde dos puntos de vista complementarios. En primer lugar, de acuerdo con la dinámica particular de llegada e instalación del grupo. En segundo lugar, a partir de la imagen creada en ese primer momento que constituye un nuevo punto de partida del proceso de reinención de la identidad⁴ del grupo, en relación a la interacción de éste con otros actores de la ciudad.

—Y ¿cómo se te ocurrió venir a Corea?

—Vine por el idioma, porque allá toda mi vida la hice entre argentinos, después me di cuenta de que mis raíces estaban acá en Corea y me parecía una vergüenza no venir, teniendo el aspecto coreano, la cara coreana... no saber el idioma coreano... vine en el 97 con la intención de quedarme un año solo, pero no fue suficiente y regresé de nuevo.

—¿Cómo te diste cuenta que tus raíces eran coreanas?

—Y, viste que en la capital hay bastante discriminación, a los coreanos mucho no los quieren, por eso, por más que yo haya nacido en Argentina, convivido con argentinos, como tengo el aspecto coreano y cualquiera que me vea a primera vista dice: Uh!!! Este es coreano... (él, 28, Corea)

Se hace necesario aclarar algunos conceptos que de por sí se presentan como ambiguos y difusos. Una persona puede ser nombrada o visualizada como perteneciente a un grupo étnico específico y, sin embargo, no compartir la adhesión a la red de solidaridad étnica o no poseer un sentimiento de pertenencia afectiva al mismo.

La adhesión voluntaria, consciente o inconsciente, de las personas individuales a un tipo de "identidad étnica" se juega en diferentes situaciones: en la necesidad de una seguridad afectiva y emocional, en la necesidad de crear redes estratégicas solidarias, y/o en la acción política del grupo de luchar por imponer una clasificación legítima de sí mismo.

En el caso de los coreanos, la pertenencia a lo que llamamos "identidad étnica" se origina en la relación con el o los "otros" y se da principalmente por la diferencia física, precisamente la visibilidad de los rostros. Es decir, más allá de su origen nacional y/o cultural, una persona con rostro oriental será nombrada como "coreano". En este sentido, podemos afirmar que, a diferencia de otros grupos étnicos donde la pertenencia se manifiesta como una acción voluntaria de las personas, en nuestro caso, la pertenencia de los miembros del grupo étnico conlleva un alto grado de coerción.

La no pertenencia al grupo implica la ruptura total con los lazos afectivos más básicos, razón por la cual este conflicto adquiere carácter de etapa momentánea. Esto pudimos comprobarlo en la mayoría de las entrevistas realizadas: los jóvenes que manifiestan una actitud crítica hacia la colectividad y sus formas de organización y acción, que sostienen una postura distante hacia los miembros del grupo étnico, al punto de negar la relación familiar y de amistad, llegan a una determinada edad o etapas de sus vidas en que se vuelven hacia la comunidad, haciendo una relectura de su propia historia. El encuentro, o mejor dicho, el reconocimiento que estos jóvenes hacen de su pertenencia al grupo étnico, es producto del diálogo con los otros grupos, del reflejo que los argentinos les devuelven de sí mismos, como podemos percibirlo en las palabras anteriormente citadas.

En cambio, la participación y el grado de compromiso en la red de solidaridad étnica es un proceso que trasciende la mirada del otro. Se trata de una adhesión solidaria interna al grupo que, en nuestro caso, se realiza con el fin de lograr una inserción exitosa en las estructuras sociales del país, manteniendo una fuerte cohesión afectiva.

Percibimos diferentes momentos del movimiento migratorio que solo pueden ser separados en un proceso de abstracción con el fin de ser analizados. Cada uno de estos momentos se relaciona con características distintas del proceso de construcción de la identidad del grupo en el nuevo contexto, que pueden corresponder o no a las etapas de llegada, inserción y desarrollo de la comunidad en la nueva sociedad.

En primer lugar debemos dar cuenta del momento en el que los nuevos pobladores encuentran cohesión afectiva en el grupo, gracias a los lazos culturales comunes provenientes de la sociedad de origen. Relacionamos esta etapa con la formación de una "identidad étnico" propiamente dicha, es decir, a la cohesión del grupo a partir de características preexistentes que son re-simbolizadas en el nuevo espacio. Nos referimos específicamente a la apariencia física, a una lengua y religión en común, y a otros elementos culturales e históricos compartidos por el grupo como base de la etnicidad.

En segundo lugar se trata de una etapa donde el grupo construye una estrategia de inserción e integración en las estructuras de nuestro país. Asociamos este momento a la idea de identidad como proceso de reinención en el contexto de adaptación a las estructuras locales. Se localizan los rasgos culturales que portan los migrantes en relación con las situaciones generadas en el encuentro con otros grupos, a saber: concentración espacial (residencial y comercial), concentración ocupacional y/u otros factores como las actitudes discriminatorias que terminan por condicionar la imagen que el nuevo grupo adquiere de sí mismo.

El tercer momento está signado, precisamente, por la posibilidad de negociar su propia identidad. Es cuando el grupo se constituye como actor político para de esta forma participar del proceso en el cual se definen los límites del reconocimiento de las diferencias.

HISTORIA E IDENTIDAD CULTURAL

Es tan difícil hablar de una "identidad argentina" como de una "identidad coreana" ya que, como hemos visto, estas se configuran en una compleja red de relaciones, comportamientos, expectativas, percepciones, definiéndose según la posición que los actores entablan con otros grupos en diferentes contextos histórico-situacionales. En este sentido, la idea de "identidad coreana en Argentina" define la "coreaneidad" desde la priorización de una referencia histórica particular.

La "identidad étnica", en tanto primer momento de conformación de Fa "nueva identidad" del grupo, reposa ante todo sobre ciertas características culturales "objetivas" y "subjetivas" (representadas fundamentalmente en: raza, religión y lengua) que toman sentido en relación a una conciencia colectiva que, en nombre de una historia y de un origen común simbolizado, se resignifican en relación a un

otro. Al decir de Albert Memmi: "Le passé commun est largement fictionnel, car il n'est ni vraiment commun, ni vraiment du passé... le passé dit commun n'est que la mise en commun d'un certain passé".⁵

Por otro lado, la imagen que la sociedad receptora les devuelve sobre ellos mismos será retornada por el grupo como parte constitutiva de la nueva identidad colectiva. Es en esta tensión entre la apertura de sí mismo y la vuelta a uno mismo que reside el intento de integración de todo ser humano en un sistema social, entre lo universal y lo particular.

Las características que adquiere la instalación del grupo por la particularidad de la dinámica de su inserción y la evidencia de la diferencia, acentúan la necesidad de afirmarse frente al otro, de mantener la cultura de origen a partir del afianzamiento de los lazos nacionales, redefiniendo de esta manera los términos de su etnicidad.

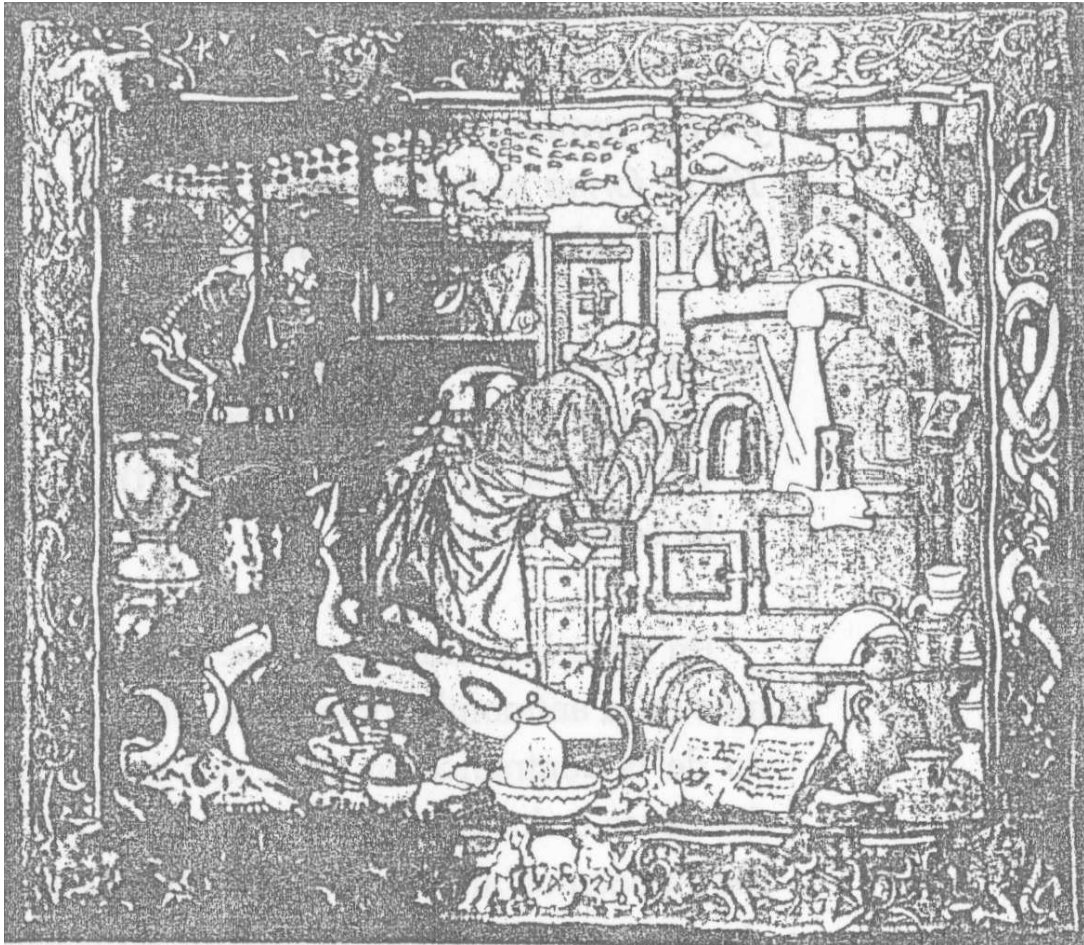
Constatamos que frente a una realidad tan distante a lo conocido, y en muchos casos hostil, se incrementa la necesidad de los nuevos pobladores de construir un espacio de seguridad y resguardo afectivo para afrontar el nuevo contexto. La proximidad espacial hace referencia principalmente a una red de solidaridades basadas en lazos afectivos fundados en una "identidad cultural" común. La idea de diálogo entre grupos e identidades nos lleva a pensar en el retorno de muchos de los miembros del grupo hacia la red de solidaridad y de organización étnica como resultado de la interacción propia del diálogo.⁶ El sentirse desplazados y en muchos casos rechazados los lleva a intentar escapar de esa situación buscando refugio entre sus iguales.

La identidad cultural es una construcción histórica ideal que en el caso de comunidades migrantes responde a una reconstrucción ficticia, a partir de elementos imaginarios y reales que sirven a una finalidad: articular el pasado para lograr una estrategia presente. De esta manera las diferentes asociaciones e instituciones de la comunidad coreana son promotoras de la invención de la identidad cultural del grupo, a partir de la reapropiación del pasado en función de la estrategia migratoria. La relectura de la historia colectiva, en tanto soporte de esta nueva identidad local, opera como acción autónoma del grupo, donde el pasado es elemento fundamental en la resignificación afectiva del presente. El proceso de producción y reproducción de historias y símbolos culturales, afianza la existencia de la red de solidaridad étnico, a la vez que es el punto central del concepto de "identidad" en la medida en que éste implica una construcción histórica dinámica y relacional.

Citas

1. Retomamos de Clifford Geertz 1994 la definición de sentido común como un conjunto relativamente organizado de pensamiento especulativo, sujeto a pautas de juicio construidas históricamente.
2. Geertz, Clifford, Conocimiento local, Paidós, 1994, pág. 105
3. En Argentina la concentración espacial no se acompaña de marginación social y/o económica, como en otras experiencias urbanas interétnicas que adquieren la forma de gueto impenetrable para los que no pertenecen al grupo.
4. El concepto de identidad fue trabajado en el marco del Proyecto UBACyT CS-025 "Políticas de identidad y nuevos sujetos sociales: un enfoque desde la narrativa" (1995/1997) dirigido por la profesora Leonor Arfuch, Instituto Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales, UBA.
5. Memmi, Albert, "Les fluctuations de l'identité culturelle", en Esprit, vol.1 Janvier, 1997
6. Y no sólo hacemos referencia a la comunidad étnica en Argentina, sino también a la decisión de muchos jayanes de volver a la tierra de sus padres. Tinieblas del Crisol de Razas

TINIEBLAS DEL CRISOL DE RAZAS



Hamurabi Noufourì • Daniel Feierstein

Ricardo Rivás • Juan J. Prado

Imre Szabo, en "Fundamentos históricos de los derechos humanos" al referirse a la igualdad concluye afirmando que "la idea central de los derechos humanos, y de los derechos de los ciudadanos que les precedieron en la historia del derecho, es la igualdad ante la ley; en otras palabras, la igualdad de los ciudadanos, la cual, aunque sólo sea un hecho formal produce, no obstante, unos ciertos efectos. En su forma negativa significa la prohibición absoluta de toda clase de discriminación"²⁴.

1. De la igualdad virtual a la real: El largo camino a recorrer para lograr la aspiración de la igualdad real instrumentada en la reforma de 1994.

En materia política permanentemente nos debatimos en la antinomia tomando a ésta como el resultado de la contradicción entre dos cosas, tales como dos leyes o dos principios, y conteste con lo expresado podemos afirmar que cuando nos referimos al significado de lo **real y lo virtual**, en especial en los tiempos que corren, nos permite afirmar que pareciera que lo antinómico es el contenido y la constante en los análisis sociales, políticos y económicos.

Cuando tenemos delante nuestro dos conceptos a analizar, recurrimos a su significado académico y descubrimos de esa forma que **real**, deriva del latín "regalis" es decir de rex, regís, rey; mientras que **virtual**, opuesto al primero, significa imaginario o "inexistente", referido a las cosas que existen o han existido.

Entrando en tema, nos detenemos en algunos artículos incorporados en la reforma de 1994 a nuestra Constitución Nacional, y podemos observar, que se introduce reiteradamente, cuando se trata el tema de la **igualdad**, el concepto REAL, acompañándola.

Partiendo del concepto de igualdad del artículo 16 de nuestra Constitución Nacional "...todos los habitantes son iguales ante la ley..." advertimos que en la reforma de 1994 se establece respecto al **sexo** (artículo 37 C.N.) "[...] la igualdad **real** de oportunidad entre varones y mujeres para el acceso a cargos electivos y partidarios se garantizará por acciones positivas en la regulación de los políticos y en el régimen electoral [...]".

De igual manera en el art. 75 inc.23, nuestra Constitución establece que se deberá "[...] legislar y promover medidas de acción positiva que garanticen la **igualdad real** de oportunidades y de trato, y el pleno goce y ejercicio de los derechos reconocidos por esta Constitución y por los tratados vigentes [...]", refiriéndose a los niños, las mujeres, los ancianos y las personas discapacitadas.

Debemos incluir, siguiendo la temática abordada, la no discriminación religiosa – art.89 C.N. –, el reconocimiento de la preexistencia étnica y cultural de los pueblos

indígenas argentinos – art.75 inc.17 –, y en especial, lo ya resaltado de la inclusión de los pactos contra la discriminación incluidos como parte del plexo jurídico nacional en el art.75 inc.22 de la C.N.

2. La necesidad de descorrer el velo de la igualdad virtual en la sociedad argentina: La falta de correspondencia con la real.

Al observar reiteradas actitudes en las políticas sociales aplicadas desde el accionar público, en un reciente trabajo decíamos, refiriéndonos a discriminación en nuestro país, en un artículo titulado ¿Qué pasó con el mito de la Argentina generosa? Advertíamos que en nuestra sociedad podemos encontrar manifestaciones que revelan una actitud discriminatoria contra el extranjero, que el orden jurídico nacional recoge en el contenido de instituciones, y normas que expresan el pensamiento de /nuestra sociedad vernácula. Hoy diríamos el ADN de nuestra sociedad. En la ocasión señalábamos que la historia de nuestros inmigrantes al llegar a nuestro país nos hace descubrir cuánto debían éstos soportar para subsistir y poder lograr la radicación frente a la hostilidad del medio social de la época.

Lo que significó superar la adversidad para poder afincarse en la Argentina "generosa", que alguna historia oficial (virtual) nos transmitió la idea de una actitud "generosa" y abierta a todo aquel que quisiera habitarla. Recordemos en la época de Mitre, que advierte la necesidad de mano de obra, si se quería una agricultura desarrollada en el país, o la instalación de ferrocarriles, habida cuenta la necesidad de operarios que manejaran los utensilios y habilidades laborales para ello. De esa forma se impulsa la inmigración italiana que debía ir a instalarse a los campos, pero "de entrada nomás se tropezaba con varios problemas: en las regiones donde no había indios había grandes **latifundistas**, que personalmente no creían en la agricultura sino en la ganadería que, como se sabe, exige muy pocas brazos, y además a los **inmigrantes no se les daba tierras sino en mínima cantidad**, y de ninguna manera habitaciones ni instrumentos de labranza"

²⁵

En su Historia de los Procesos Políticos y Militares en la Argentina, Rouquie señala las dificultades de los inmigrantes para radicarse en la Argentina frente a la hostilidad de la oligarquía con "olor a bosta" que imponía a muchos de ellos regresar a su patria de origen. Las estadísticas son el reflejo de esta situación. Recordemos que los inmigrantes debían soportar la presión de los "comisarios" que actuaban para impedir el afincamiento y evitar que adquiriesen tierras, siguiendo la tradición del derecho romano que sólo permitía a los "patricios" este derecho, pues era la base de los derechos políticos de la antigua Roma. Aquí se traducía en los latifundios de la "oligarquía" que mantenía la concentración política y económica en la Argentina²⁶.

Por ello, y una vez más decimos que, en nuestros días "nada nuevo" acontece cuando advertimos una corriente ideológica que desde diferentes ángulos ataca a nuestros "hermanos" latinoamericanos, de la misma forma que si hacemos una observación diacrónica en nuestro devenir histórico, al remontarnos a la década del noventa descubrimos una reiteración en la conducta social argentina. La influencia de Sarmiento al expresar su malestar por la calidad del tipo de inmigrante que arriba a nuestro país, condenando la política inmigratoria, extendido al pensamiento de figuras significativas de esa época, constituyen un trasfondo ideológico que podemos sintetizarla con la institucionalización discriminatoria en el contenido de la ley 4144, proyectada en 1899 y promulgada en 1902 en plena crisis del noventa, denominada "ley de residencia" cuyo inspirador fue el conocido Miguel Cané.

La ley en cuestión disponía la expulsión, en el término de tres días, a todo extranjero que a su juicio comprometiera la seguridad nacional o perturbara el orden público, cuando el Ministerio del Interior así lo considerase. No escatimó literatura Miguel Cané para dar a conocer su ideología; así lo testimonia su obra "De pura sepa", donde uno de sus personajes expresa el pensamiento del autor al decir que el "honor y respeto a los restos puros de nuestro grupo patrio cada día los argentinos disminuimos", atribuyéndolo a "las bajas aspiraciones de la turba" representada en la personificación del extranjero.

La "Ley de residencia" permitió la represión inexorable y progresiva contra las organizaciones sindicales cuando éstas reclamaban empleo, condiciones de trabajo y mejoras salariales.

No era una expresión solitaria la de Miguel Cané. Vélez Sarsfield, en el Nacional en 1857, señala en un artículo que "un recurso vicioso, inusitado e injustificado" constituían las huelgas laborales, porque eran las expresiones de una irrupción de derechos exagerados, contemporizar con los cuales hubiera sido invertir las reglas del trabajo. Porque para este periódico, el origen de esta perturbación estaba en el extranjero, habida cuenta que estos métodos perturbadores no debían "traerlas aquí".

Frente a la crisis económica del noventa, se aplicó la ley 4144, ante todo reclamo de mejores condiciones laborales y económicas contra extranjeros. Los chivos expiatorios tenían sus responsables ayudados ideológicamente por los Cané, Lugones, Martel, a saber los maximalistas, judíos, alemanes, italianos.



Este **Manual** poco ortodoxo, como son casi todos los libros de Arturo Jáuretche, condensa las ideas-fuerza de una prédica que lleva ya más de treinta años. Empeñado en hacerse entender por la mayoría de sus conciudadanos, ha debido romper con los clásicos moldes de la Literatura socio-política para recrear un género cuya forma está dada por su estilo natural y jocundo. Jocundia que cierta crítica alarmada desvía hacia la vía muerta del humor gratuito y sin destino, en un intento de neutralizar la labor pedagógica del autor de **El Medio Pelo**. Esta circunstancia ha sido advertida por el pueblo, gran consumidor de lectura jauretcheana, cuyo fino sentido de la orientación le ha



señalado la originalidad como la autenticidad que transpiran las páginas de Jauretche. De ahí los insólitos y continuados éxitos de sus libros como **Los Profetas del Odio y la Yapa**, cruda disección del aparato cultural en que **los prestigios se constituyen por una suma de malentendidos**, cuando no por la mala fe de la **colonización pedagógica**. De **El Medio Pelo en la Sociedad Argentina** sólo podemos decir que aún está fresco en la memoria de los argentinos uno de los más acertados como regocijantes análisis hecho a nuestras clases sociales, que con su quehacer o no hacer, han realizado de alguna manera nuestro país.

Al reclamar la atención del lector con este nuevo libro, lo hacemos con la certeza que ha de colmar su apetencia de ideas, que en estos momentos de inflación literaria es justamente lo que no abunda. Este **Manual de zonceras argentinas** reúne los requisitos para que sea una excepción.

Se formó la policía brava que dirigió Ramón Falcón, que ayer como hoy sigue atacando a los pobres y a los extranjeros utilizando la metodología de las razzias o lo que se ha dado en llamar "control poblacional".

Si el noventa es parte de la historia de las crisis en la Argentina, se reitera con análoga inseguridad en nuestra sociedad la crisis del treinta. No es esta la oportunidad para detenernos a recordar sobre la imposición autoritaria para aquellos que pretendían solamente tener un salario digno —las decisiones políticas eran reducir sus salarios— los simulacros de fusilamientos y la suspensión de sentencias condenatorias creaban el miedo colectivo en aquellos que eran expulsados de los beneficios del reparto de la distribución de la riqueza.

Sebastián Marota, refiriéndose a los años treinta dice: "[...] *algunos sectores capitalistas —al amparo de la ley marcial y el estado de sitio— sientense respaldados para no tener escrúpulos en llegar a extremos inconcebibles. Rebajan el salario a sus obreros; desconocen las condiciones de trabajo estipuladas en convenios suscriptos una vez tras ruda lucha y otras por mutua concesión; despiden a los militantes del trabajo, denunciándolos y calumniándolos ante las autoridades, propensas a servir solícitamente —muchas de ellas— los planes patronales [...] esos sectores sólo aspiran a acrecentar discrecionalmente sus beneficios, con desprecio de la salud y vitalidad de los trabajadores y de su mejor estándar de vida [...] destacara como su "desorbitado afán de lucro" —puesto de relieve por otra parte, en la prensa independiente— [...]*"²⁷

En nuestros días, se reclama por la igualdad real, frente a los factores y circunstancias que constituyen los factores generadores de la violencia —la inseguridad y el miedo generan violencia en la psiquis individual y colectiva—. En nuestros tiempos también como en el noventa y el treinta se reclama una igualdad real, frente a la inseguridad económica, la inseguridad laboral, la inseguridad **jurídica** que viven los excluidos por la política de mercado y la concentración de la riqueza en favor de pocos y desmedro de los muchos.

La generalización del desempleo ha extendido la pobreza. Los que exhiben la posibilidad de poder trabajar carecen de estabilidad laboral, y sus salarios son cada vez más míseros. **La educación, la justicia, la salud** hoy como en el noventa, y el treinta, están en crisis. Se ignora el concepto de **dignidad humana** y el hombre, ciudadano y extranjero en su desamparo por parte del Estado, advierte la necesidad de **reclamar**. El reclamo molesta y a alguien hay que culpar de la desgracia social del desamparo que vive la comunidad.²⁸

27 Marota, Sebastián: El movimiento Sindical Argentino. cd. Calomino, Buenos Aires, 1970. Tomo III Págs. 307 a 308.

28 Prado, J.J. "El país del todo o nada", artículo publicado en "Revista Abogados" de abril de 1999.

(Zoncera N° 1)

"CIVILIZACION Y BARBARIE"

Antes de ocuparme de la cría de las zonceras corresponde tratar de una que las ha generado a todas —hijas, nietas, bisnietas y tataranietas—. (Los padres son distintos y de distinta época —y hay también partenogénesis—, pero madre hay una sola y ella es la que determina la filiación).

Esta zoncera madre es Civilización y barbarie.

Su padre fue Domingo Faustino Sarmiento, que la trae en las primeras páginas de Facundo, pero ya tenía vigencia antes del bautismo en que la reconoció como suya.

En Los profetas del odio y la yapa digo de la misma:

"La idea no fue desarrollar América según América, incorporando los elementos de la civilización moderna; enriquecer la cultura propia con el aporte externo asimilado, como quien abona el terreno donde crece el árbol. Se intentó crear Europa en América trasplantando el árbol y destruyendo lo indígena que podía ser obstáculo al mismo para su crecimiento según Europa y no según América."

"La incompreensión de lo nuestro preexistente como hecho cultural o mejor dicho, el entenderlo como hecho anticultural, llevó al inevitable dilema: Todo hecho propio, por serlo, era bárbaro, y todo hecho ajeno, importado, por serlo, era civilizado. Civilizar, pues, consistió en desnacionalizar —si Nación y realidad son inseparables—."

Veremos de inmediato, en la zoncera que sigue —el mal que aqueja a la Argentina es la extensión— cómo para esa mentalidad el espacio geográfico era un obstáculo, y luego, que era también obstáculo el hombre que lo ocupaba —español, criollo, mestizo o indígena— y de ahí la autodenigración, y cómo fueron paridas y para qué convertidas en dogmas de la civilización.

Carlos P. Mastrorilli en un artículo publicado en la revista "Jauja" (noviembre, 1967) analiza dos aspectos esenciales de la mentalidad que se apoya en esa zoncera:

"En la íntima contextura de esa mentalidad hay un cierto mesianismo al revés y una irrefrenable vocación por la ideología. Por el mesianismo invertido, la mentalidad colonial cree que todo lo autóctono es negativo y todo lo ajeno positivo. Por el ideologismo prefiere manejar la abstracción conceptual y no la concreta realidad circunstanciada."

El mesianismo impone civilizar. La ideología determina el cómo, el modo de la civilización. Ambos coinciden en excluir toda solución surgida de la naturaleza de las cosas, y buscan entonces, la necesaria sustitución del espacio, del hombre y de sus propios elementos de cultura. Es decir "rehuir la concreta realidad circunstanciada" para atenerse a la abstracción conceptual.

Su idea no es realizar un país sino fabricarlo, conforme a planos y planes, y son éstos los que se tienen en cuenta y no el país al que sustituyen y derogan, porque como es, es obstáculo.

• • •

Que la oligarquía haya creído un éxito definitivo de la zoncera Civilización y barbarie, lo que llamó "el progreso" de la última mitad del siglo XIX y los años iniciales del presente, ha sido congruente con sus intereses económicos. Alienada al desarrollo dependiente del país, su prosperidad momentánea le hizo confundir su propia prosperidad con el destino nacional.

Había por lo menos una constatación histórica que parecía justificar el mesianismo y la ideología liberal de la oligarquía.

El problema se le plantea a ésta ahora, cuando el cambio de condiciones internas y especialmente externas, por el aumento de población y su nivel de vida, y la sustitución en el mercado mundial de la economía de intercambio comercial fundada en el precio, por la economía mercantil, se destruyen las bases de la estructura primaria de intercambio de materias primas por materias manufacturadas, pues así como hay imperios que pierden sus colonias, hay colonias que pierden su imperio, cuando dejan de serles necesarias a éste.

Ahora, como ya no puede confundir su éxito propio y momentáneo con el destino de la gran Nación que parecía aparejado a su prosperidad colonial, piensa en achicar la población, como sus antecesores pensaron en achicar el espacio en la buscada disgregación del Virreynato del Río de la Plata.

Mesianismo e ideología ya no encuentran, como pareció antes, su identificación con el destino del país. La oligarquía se vuelve anti-mesiánica desde que rechaza concretamente la grandeza al propiciar el achicamiento del pueblo, y su ideología no puede proponer otras soluciones que las de la conservación cada vez más desmejorada de la estructura existente: de este modo se convierte en freno y eso es lo que se confiesa de hecho por sus tecnócratas que sólo proponen seguir tirando desde que el destino del país colonia está cubierto definitivamente.

Así, pierde el papel promotor que se había asignado mientras se creyó constructora —y esa fue su fuerza— para hacerse conservadora de un país que no debe dar un paso más adelante. Ya lo he dicho también: los progresistas de ayer se vuelven anti-progresistas desde que todo su progreso sólo puede realizarse contra la ideología que identifica el destino nacional con sus intereses de grupo.

• • •

Pero si esta congruencia circunstancial en el interés de grupo permite comprender el descastamiento de las llamadas "élites", impedidas de una visión de distancia por su circunstancial prosperidad que obstó a la comprensión del país en un largo destino —todo destino nacional es largo—, no vale para los ideólogos que aparentan desde una postura popular un mesianismo revolucionario. De titulados democráticos a marxistas, la explicación ya no tiene la congruencia que en la oligarquía y pasa a ser mesianismo e ideología sin una pizca de contenido material. Se trata, como dice Mastorilli, de una "abstracción conceptual en que no gravita la concreta realidad circunstanciada".

Aquí aparece desnuda, desprovista de toda constatación pragmática, la zoncera Civilización y barbarie, según sigue gravitando en la "intelligentzia".

Por la profesión de esta zoncera el ideólogo, extranjero o nativo, se siente civilizador frente a la barbarie. Lo propio del país, su realidad, está excluída de su visión. Viene a civilizar con su doctrina, lo mismo que la Ilustración, los iluministas y los liberales del siglo XIX; así su ideología es simplemente un instrumento civilizador más. No parte del hecho y las circunstancias locales ¿que excluye por bárbaras, y excluyéndolos, excluye la realidad. No hay ni la más remota idea de creación sobre esa realidad y en función de la misma. Como los liberales, y más que los liberales que —ya se ha dicho— eran congruentes en cierta manera, aquí se trata simplemente de hacer una transferencia, y repiten lo de Varela: —"Si el sombrero existe, sólo se trata de adecuar la cabeza al sombrero". Que éste ande o no, es cosa de la cabeza, no del sombrero, y como la realidad es para él la barbarie, la desestima. De ninguna manera intenta adecuar la ideología a ésta; es ésta la que tiene que adecuarse, negándose a sí misma, porque es barbarie.

Así la oligarquía y su oposición democrática o marxista disienten en cuanto a la ideología a aplicar pero coinciden totalmente en cuanto al mesianismo: civilizar. Si la realidad se opone a la aplicación de la ideología según se transfiere, la inadecuada no es la ideología de transferencia sino la realidad, por bárbara. Los fines son distintos y opuestos en cuanto a la ideología en sí, pero igualmente ideológicos.

Si en las ideas abstractas son opuestos, la zoncera Civilización, y barbarie los unifica en cuanto son la civilización. De donde resulta que los que están más lejos

ideológicamente son los que están más cerca entre sí —en cuanto ideólogos— como ocurre cada vez que la realidad enfrenta a todos los civilizadores. Entonces se unifican contra la barbarie, que es como llaman al mundo concreto donde quieren aplicar las ideologías.

Esto se hace evidente en los momentos conflictuales en que el país real aparece en el escenario social o político.

El mismo Mastrorilli en el artículo referido dice:

"Sarmiento y Alberdi querían cambiar el pueblo. No educarlo, sino liquidar la vieja estirpe criolla y rellenar el gran espacio vacío con sajones. Esta monstruosidad tuvo principios de ejecución. Al criollo se lo persiguió, se lo acorraló, se lo condenó a una existencia inferior. Sin embargo los aportes de sangre europea que se vertieron a raudales sobre el país, no consiguieron establecer una síntesis humana muy distinta de la precedente. Los ingleses —relictos de las invasiones o colonos traídos de la fabulosa imaginación rivadaviana— se agauchaban. Los polacos, los alemanes, los italianos, también. Y a espaldas del régimen colonial se hizo una nueva masa humana que se doblegó sin resistencia ante la potencia de la geografía y la presencia irreductible de lo hispánico como principio organizador de la convivencia."

"El régimen fracasó sociológicamente. A partir de 1914 aprendió a contar con una masa popular desconfiada y ad- versa. En suma: el régimen quiso cambiar al pueblo y De> pudo: quiso entregar el espacio inerte y tropezó una y otra vez con algo viviente y cálido que nosotros llamamos conciencia nacional y ellos desprecian como barbarie" ¹.

Eso pasó, como dice el autor, desde 1914. Culminó "el 17 de Octubre, en la más grande operación de política de masas que vio el país; la muchedumbre estaba compuesta por cabecitas negras —estos del criollaje proscrito— pero también por hijos de gringos, polacos y maronitas lanzados contra el régimen con violencia inusitada".

¿Por qué la parte de la "intelligentzia", democrática o marxista, no pudo entender un hecho tan evidente en ninguna de las dos oportunidades. La oligarquía trató de invalidarlo porque sus intereses concretos coincidían con los criterios de Civilización y barbarie, pero en el otro caso la explicación sólo es posible a puro vigor de zoncera: incapaz de salir del esquema y partiendo del mismo supuesto histórico de que las masas en el pasado habían expresado sólo la barbarie frente a la civilización, vio en su nueva presencia una simple recidiva. De ahí lo de "aluvión zoológico" y "libros y alpargatas", que son zoncercitas biznietas de Civilización y barbarie y cuyo sentido permanente supera la insignificancia de los que las enunciaron, pues revelan el modo de sentir de la "intelligentzia" in totum, incapaz de pensar fuera de la ideología, es decir de lo conceptual ajeno y opuesto a los hechos propios.

Así, la zoncera de Civilización y barbarie se apoya en dos patas y anda, pero cojeando, porque una es más larga que la otra, que es como una pata auxiliar a la que se recurre cuando el régimen está en peligro.

Una ideología apuntala a otra ideología, por más que su signo sea inverso en teoría, porque tienen en común el supuesto mesiánico que cada uno quiere realizar a su manera, pero ambas partiendo de la negación de lo propio. Conviven entre gruñidos y se tiran mordiscones, pero siempre entre civilizados que se defienden en común de los bárbaros, es decir del país real. La recíproca tolerancia nace de la unidad civilizadora y se practica de continuo en la común devoción por todas las zonceras nacidas del vientre de la zoncera madre.

No preguntéis entonces por qué comparten la misma historia que se niegan a revisar desde que revisar importa dejar sin base la zoncera generatriz. Destruir ésta implica sustituir una mentalidad hecha partiendo de ella y excluir el mesianismo y la ideología como fundamento de un pensamiento argentino para dar su oportunidad al buen sentido. Ahí, en Civilización y barbarie, la zoncera madre, está el punto de confluencia de las ideologías, es decir, de la negación de toda posibilidad para el país nacida del país mismo. Es como si dijéramos la "Unidad Democrática" tácita de que surgen todas las otras.

En El Uruguay como problema (Ed. Diálogo, Montevideo, 1967), Alberto Methol Ferré analiza la ahistoricidad del pensamiento uruguayo. En ninguna parte como allí —recordemos otra zoncera: "como el Uruguay no hay"—, se "tuvo una conciencia política eminentemente abstracta". La falsificación de la historia, allá como aquí, se completó con la concepción estratosférica del país en cuanto se excluyeron los causales internacionales de los hechos propios o inversamente se excluyeron los hechos/propios de los causales internacionales. Así, dice: "Nos enseñaban una historia de puertas cerradas, desgranada en anécdotas y biografías, o de bases filosóficas ingenuas, y nos mostraron la abstracción de un país casi totalmente creado por pura causalidad interna. A esta tesis tan estrecha, se le contrapuso su antítesis, seguramente tan perniciosa. Y esta es la pretensión de subsumir y disolver el Uruguay en pura causalidad externa, en una historia puramente mundial a secas. Una historia tan de puertas Ábiertas que no deja casa donde entrar...". "A la verdad, esta última actitud no escribe historia uruguaya, que le aburre, y prefiere vagabundear y solazarse en la contemplación a veces minuciosa de la historia mundial. Nos escindíamos en pueblerinos o ciudadanos del mundo.". "Así, de una historia isla, pasábamos a la evaporación, a las sombras chinescas de una historia océano, donde la historia se juega en cualquier lado menos aquí, y aquí lo de cualquier lado. Esta actividad lujosa —la historia océano—, si hoy canaliza disponibles jóvenes iracundos, ayer permitía a nuestra diplomacia pagarse de las palabras proyectándose para dictar cátedra mundial sobre los derechos humanos y arbitrajes". Son dos formas del escapismo.

"Interioridad pura o exterioridad pura, dos falacias que confraternizan...". "¿quiérese mayor lujo que extrapolarse en la historia de los otros?...". "Era una manera de renunciar a hacer historia"... "Por otra parte, ese idealismo externo en

su versión de izquierda dimitirá frente a nuestra historia de puertas cerradas, conservadora. Incapaz de criticarla., porque no le interesaba vitalmente, terminaba en los hechos por aceptarla en bloque. No puede darse inconformismo más conformista"... "Así la esterilidad del marxismo uruguayo para decir nada sobre el país, salvo el caso reciente de Trías. Así, el idealismo jurídico romántico, de derecha o de izquierda, son los modos uruguayos de suplir la ausencia de una política internacional real. El rasgo común de nativistas y oceánicos es que el Uruguay no era problema."

Crucemos de nuevo el río. ¿No estamos en presencia de una situación parecida? Si la falsificación de la historia oficial, presentando la Argentina como un conflicto entre la civilización y la barbarie, ha desestimado el conflicto entre lo nacional y lo extranjero desde que el objeto de la historia no es la Nación sino la civilización, la izquierda, como tampoco tiene en cuenta lo nacional como causalidad histórica, produce el mismo conformismo que en el Uruguay con la historia oficial. Esta vez para que la historia del futuro dependa exclusivamente de la causalidad externa, generando un escapismo que tiene las mismas raíces anti-nacionales que, naturalmente, rehuye la construcción propia para trasladarla al escenario de la civilización. Por donde vienen a ubicarse, como sus cofrades de la otra Banda, en un balcón sobre el mundo que es donde se opera la historia idealizada.

Pero un balcón no es una puerta por donde entra y sale lo propio y lo ajeno, sino un puesto de observación donde se espera que afuera se resuelva lo que hay que resolver adentro, cosa que le conviene a los que ya adentro lo tienen resuelto. De aquí la coincidencia cuando el país real intenta sus propias soluciones y a su manera.

En tren de clasificación, la zoncera de Civilización y barbarie es una zoncera intrínseca, porque no nace del falseamiento de hechos históricos ni ha sido creada como un medio aunque después resultase el medio por excelencia, ni se apoya en hechos falsos. Es totalmente conceptual, una abstracción anti-histórica, curiosamente creada por gente que se creía historicista, como síntesis de otras abstracciones.

Plantear el dilema de los opuestos Civilización y barbarie e identificar a Europa con la primera y a América con la segunda, lleva implícita y necesariamente a la necesidad de negar América para afirmar Europa, pues una y otra son términos opuestos: cuanto más Europa más civilización; cuanto más América más barbarie; de donde resulta que progresar no es evolucionar desde la propia naturaleza de las cosas, sino derogar la naturaleza de las cosas para sustituirla.

Para el que ha leído Los profetas del odio y la yapa al hablar de esta zoncera no hago más que resumir conceptos allí expresados, pero es necesario reiterarlos en este libro por lo que se ha dicho de la maternidad de todas las zonceras. La aceptación de ésta hace posible la viabilidad de las otras, cosa que se irá viendo a medida que se trate cada una.

Empezaremos por aquellas que por considerarlas hijas mayores van en este capítulo: la que se refiere al espacio y es la de que "el mal que aqueja a la Argentina es la extensión". La otra es la autodenigración que va implícita en la consideración de lo humano propio como barbarie.

Citas:

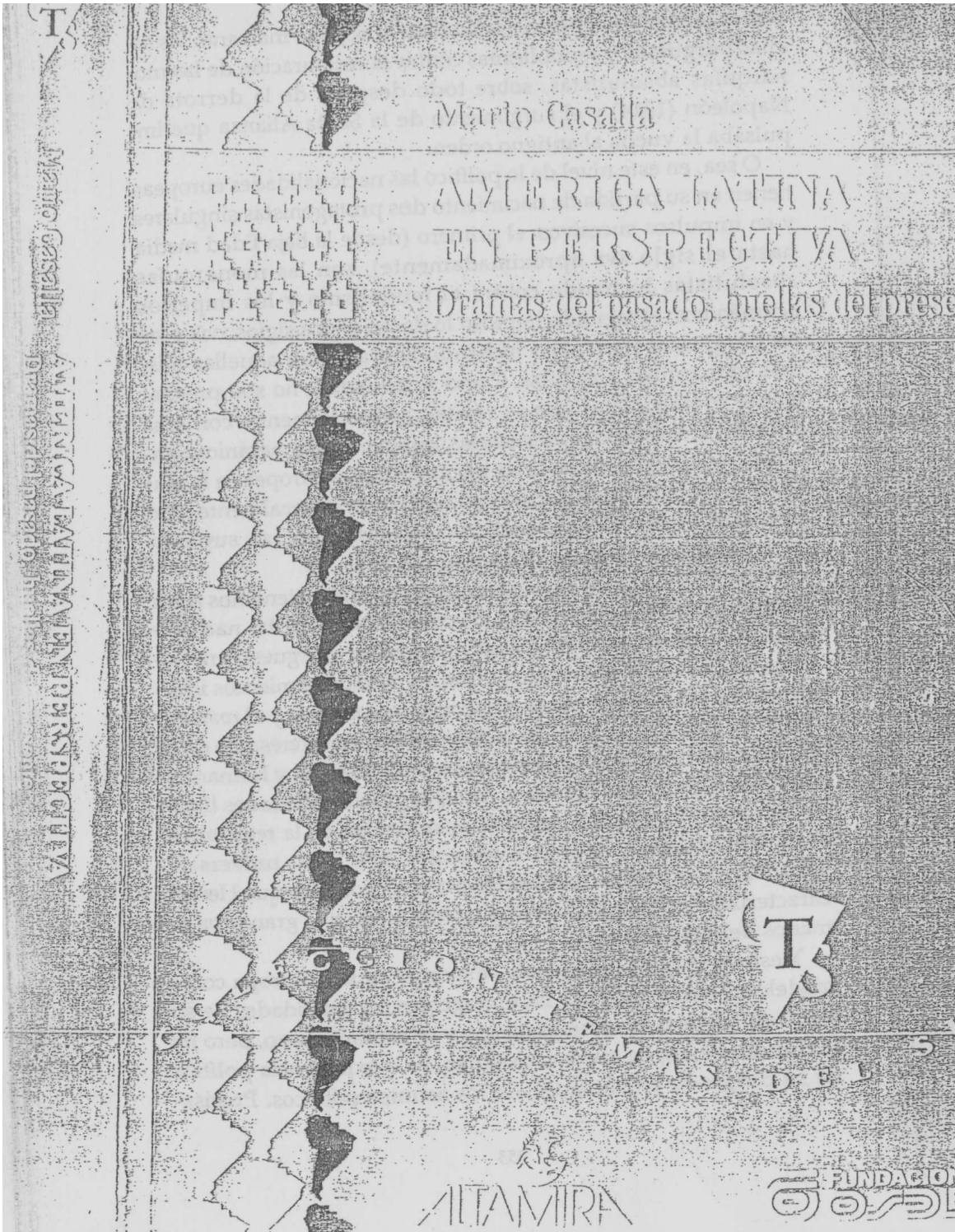
1 Julio Mafud dice al respecto:

"Fue un error irreparable para los primeros pensadores no aceptar, de principio, que la realidad americana no era inferior, sino distinta,...". 'Llama barbarie a todo lo que era americano', "no era una actitud de definición sino de rechazo".

Aquí explica el autor el contraste que hay en Sarmiento. Como literato "pinta al gaucho en Facundo con humanidad y simpatía". Así la descripción enamorada del baqueano, del cantor, el rastreador. Aún del mismo Facundo: "Ve en ellas al hombre grande, al hombre de genio, a su pesar, sin saberlo él, el César, el Tamerlán, el Mahoma. Pero propone su exterminio cuando "el gaucho no se ajusta a sus esquemas políticos y militares". Así: "No trate de economizar sangre de gauchos. Este es un abono que es preciso hacer útil al país. La sangre es lo único que tienen de seres humanos", dice también Sarmiento.

Lo mismo pasa con la religión, con los hábitos, con la geografía, con todo. Es el conflicto entre el país como es y el país como debe ser según la ideología. Lo explica también Mafud: "hay un elemento que es necesario aislar, para comprender los modos mentales de esos hombres que se constituyeron a través de la cultura europea: ésta estaba basada y sustentada sobre abstracciones". Y agrega Mafud: "Lo único que era específicamente europeo, sin antecedentes en América, era la idea del progreso y ésta sólo podía tener vigencia en América si se negaba el pasado y el presente. El futuro era lo único aceptable, en lo cual se creía excesivamente: el futuro era Europa: progresar era salir de América para entrar en Europa. De aquí la insistencia de la negación americana y la ansiedad por ser europeos. Esta pauta histórica provocó un método que luego se hizo norma. Se sustituyó la realidad por la abstracción". Es decir, se violentaron las leyes naturales. Trae aquí Mafud una curiosa cita de Martínez Estrada que no puede ser más certera: "Todos nuestros dictadores son, en verdad, restauradores de las leyes naturales".

Esta frase es una prueba más de la canallería intelectual de Martínez Estrada, pues revela como toda su obra la fuga de la realidad y su necesario análisis histórico, buscando otras explicaciones a lo que tiene bien en claro en lo íntimo de su inteligencia: así su horror por los dictadores es un simple acomodamiento a la dictadura intelectual de la "inteligentzia" para asegurarse los provechos de la fama, los premios y "aínda mais", como tantos otros.



CAPÍTULO 8

SEGUNDO INTERLUDIO FILOSÓFICO: SOBRE LAS NOCIONES DE NACIÓN Y. PUEBLO EN PERSPECTIVA LATINOAMERICANA

En este punto del relato histórico, nos parece oportuno un segundo interludio filosófico, esta vez para referirnos a las nociones de «nación» y «pueblo» que hemos venido utilizando. Se trata de Categorías básicas del análisis histórico, político y social, y sin embargo es notorio cómo su uso suele quedar atrapado por la visión europea o norteamericana de esos fenómenos, desconociéndose la impronta latinoamericana de estos mismos conceptos.

A su vez, esa visión eurocéntrica se presenta sin más como «universal», con lo que se produce una transpolación epistemológica que en nada ayuda al conocimiento de nuestra realidad sino que, por el contrario, la distorsiona severamente. Así ocurre, por ejemplo, con la clásica confusión entre lo «popular» con los «populismos», y lo nacional con aquella xenofobia tan propia de la cultura política europea de los siglos XIX y XX, que poco tiene que ver con lo efectivamente sucedido entre nosotros.

Por esto es necesario diferenciar, precisamente para poder conocernos mejor y con más propiedad. Es lo que ahora intentamos.

1. AMÉRICA Y EUROPA: LOS DIFERENTES PROCESOS DE FORMACIÓN DE SUS NACIONALIDADES

Como dijimos, en general cuando se alude al concepto de «nación», lo que se hace es proyectar la experiencia europea del mismo, como si se tratase de un «universal». Más aun, se privilegia incluso la historia de la Europa del Oeste y prácticamente se ignora la otra. Así se ignora que el «nacionalismo» y la «nación» originadas en Europa, están ligadas a circunstancias y procesos muy especiales que la diferencian de otras experiencias mundiales, las latinoamericanas, por caso. De aquí que sea menester mostrar esas peculiaridades para luego poder contrastarlas con las nuestras, lo que puede hacerse a través de tres diferentes planos: el económico, el político y el ideológico, ya que en estos tres registros las diferencias son notables.

En el orden económico y tal como lo han señalado todos los historiadores importantes del período, el nacimiento de las nacionalidades europeas esté

indisolublemente unido a la decadencia del feudalismo y de su sistema económico-social. Aquella economía estática de las corporaciones medievales — en la que el comercio y la producción eran considerados un provecho para la sociedad, con una ganancia limitada al servicio prestado— cede paso al sistema capitalista de producción que revoluciona la sociedad y sus instituciones.

Ahora se trata de acumular riqueza e invertirla para obtener nuevos beneficios individuales. Este nuevo sistema —que desarrolla materialmente a Europa como nunca había ocurrido en los siglos anteriores— supone elementos cualitativamente nuevos, como son: la iniciativa privada; la competencia despiadada por los mercados y los recursos naturales; la obtención creciente de beneficios; el sistema de salarios para los obreros y un sinnúmero más de elementos que renuevan por completo el panorama social. La Nación europea es así hija de la nueva riqueza que todo eso genera —aun con notorios contrastes e injusticias en su interior— y esto la marca con caracteres propios frente a otras experiencias que no siguieron ese mismo camino de desarrollo histórico.

En el nivel político, es preciso advertir que el desarrollo de las nacionalidades europeas está indisolublemente unido a dos singulares luchas sociales. En primer lugar, la de las noblezas locales en contra del viejo señorío feudal y ecuménico y al calor de ellas, el reagrupamiento de pueblos enteros dentro de nuevas fronteras geográficas, sobre la base de la afinidad de lenguas y de parecidas tradiciones culturales y raciales. Se constituyeron así los primeros «territorios» y monarquía nacionales europeas. En segundo lugar, y terminadas ya aquellas luchas de las monarquías nacionales contra los señores feudales y los viejos imperios, el nuevo impulso nacional en Europa lo marcarán las luchas burguesas y republicanas contra la restauración de las monarquías absolutistas, sobre todo después de la derrota de Napoleón (1814) y el surgimiento de la Santa Alianza que impulsaba la vuelta al antiguo orden.

O sea, en este nivel de lo político las nacionalidades europeas tienen en su partida de nacimiento dos protagonistas singulares y en impulsos sucesivos: el primero (desde la baja Edad media hasta el siglo XVIII aproximadamente), son las monarquías absolutistas luchando contra el feudalismo y los imperios ecuménicos; el segundo impulso lo darán en los siglos XVIII y XIX las burguesías nacionales luchando ahora contra aquellas mismas monarquías absolutas. Como se advertirá, no son precisamente protagonistas que se repitan universalmente, con esas mismas características y secuencias; quien traslade mecánicamente este «mapa genético» de las nacionalidades europeas a la realidad americana, no entenderá casi nada de lo que realmente pasó aquí con el tema de lo nacional. Las diferencias superan estructuralmente a las semejanzas.

Finalmente y ya en el nivel ideológico, si nos atenemos a esa última y decisiva etapa política de consolidación de las nacionalidades europeas protagonizadas por aquellas burguesías nacionales (siglos XVIII y XIX), veremos que los acompañamientos ideológicos son el republicanismo, como sistema político, y el romanticismo, en el orden cultural. Se trataba así de una interesante combinación

que amalgamaba los ideales democráticos y humanitarios de la Revolución Francesa, con el logro de sociedades libres de tutelajes autoritarios y el ideal cosmopolita de la realización de la «Humanidad» en el gran escenario de la «vida universal», términos por completo redefinidos y novedosos; algo que Hender caracterizará así: «La Humanidad entera como una gran arpa en manos del gran maestro».

Y esto es lo que propiamente «exporta» aquella Europa como modelo de desarrollo para las emergentes nacionalidades de su periferia: exporta su republicanismo y su romanticismo, pero no la riqueza de origen que los sostenían, ni la experiencia política de su dirigencia en el manejo de los asuntos públicos. Precisamente por esto —¡pequeño detalle!— las numerosas «copias» que se hacen aquí de su original (a partir del siglo XIX y las independencias criollas), resultan siempre de una irremediable pobreza e inestabilidad, comparadas con el ideal europeo que buscaban imitar.

Es que una cosa era aquel romanticismo y aquel republicanismo metropolitanos (sostenidos en Europa por la riqueza que generaba el sistema capitalista de producción y la experiencia de sus clases dirigentes en el manejo del Estado) y otra esta imitación de segundo orden que, aun con sus buenas intenciones en muchos casos, de poco serviría al separarse de esa base material y política. Nuestras jóvenes cabezas «llenas de ideas», no se asentaban por cierto sobre pies tan firmes como los de la burguesía y la nobleza europea. Y ese desajuste estructural entre lo político y lo económico, acarreará consecuencias y delimitará nuestra propia historia en materia de construcción de nacionalidades.

La misma Europa era ya en cierta medida consciente de su diferente posición en relación con las realidades coloniales americanas, aun cuando vistiera su discurso público con ropajes universalistas. Tomemos por ejemplo aquel romanticismo republicano que la Revolución Francesa de 1789 elevara a la categoría de nueva religión universal: cómo olvidar que cuando, por el tratado de Amiens, les devuelven a esos mismos franceses sus colonias americanas, el decreto napoleónico del 20 de mayo de 1802 rezaba textualmente en su artículo primero: «En las colonias restituidas la esclavitud será mantenida conforme a las leyes y reglamentos anteriores a 1789». ¡O sea, había «libertad, igualdad y fraternidad» para toda la Humanidad, menos para los haitianos! Singular forma «nacional» que suponía el mantenimiento, en el Nuevo Mundo, del feudalismo que ella misma rechazaba en el Viejo, en aras por cierto de sostener la rentabilidad colonial.

Más sutilmente que Herder, expresará Fichte aquel ideal nacionalista ecuménico (es decir, imperial) afirmando, respecto de la guerra: «[...] y ya que es necesario que la práctica de la guerra no cese, a fin que la humanidad no resulte dormida y corrompida para el caso de una guerra, pues bien, nosotros todavía tenemos bárbaros en números suficientes en Europa y en otros continentes [...] que la juventud se robustezca combatiendo a los bárbaros». Y es también en Fichte donde ya está presente aquel nacionalismo elitista que luego hará larga carrera cuando en 1807 —en sus célebres Discursos a la Nación Alemana— diferencie

entre «pueblo» y «clases cultas». Al primero le reconoce haber sido «hasta nuestros días el autor de todo desarrollo y adelanto»; sin embargo les recuerda a aquellas clases cultas que «ahora, por primera vez [...] deben prepararse para la educación y formación del pueblo», ya que «de no ser así el pueblo lo hará por sí mismo y sin nuestra ayuda y ese día, si llega, las clases letradas descenderán al lugar que actualmente ocupa el pueblo, mientras que en el nuevo orden jerárquico se convertirán en la nueva aristocracia engrandecida con las formas superiores de la cultura». Singular «sublevación» del orden natural, que también alamará a ciertas cites «nacionalistas» criollas de la ulterior derecha latinoamericana.

Es decir, en el orden ideológico, a fines del siglo XIX ese nacionalismo europeo se caracterizaba por dos notas distintivas: en primer lugar, la propuesta retórica de un cierto «ecumenismo civilizador» que, sin embargo, no aplicará ni admitirá evocar en sus colonias; en segundo término, la distinción entre «pueblo» (considerado «masa») y «burguesía local ascendente», a la que sí entendía como una nueva aristocracia encargada de «educar al soberano» en lo interno y, llegado el momento, de administrar eventualmente las colonias en lo externo.

En síntesis, la nación en Europa, supone y es inconcebible, al menos, sin los siguientes parámetros históricos: 1°) la acumulación de la riqueza y el florecimiento del capitalismo; 2°) las luchas victoriosas de las denominadas «burguesías nacionales», en contra de las monarquías despóticas; 3°) el mantenimiento del sistema colonial como recurso indispensable para su propio desarrollo sostenible; y 4°) el republicanismo, en el orden político, y el romanticismo, en el cultural, en los que se plasmaban y reproducían los ideales de aquellas prósperas burguesías en ascenso.

O sea, esas nacionalidades europeas surgen obedeciendo pulsos endógenos al desenvolvimiento de sus sociedades y suponen transformaciones operadas directamente por sus actores, en términos generales. No se trató, por ende, de un acto reflejo, ni estuvieron esencialmente determinadas por centros de decisión que operaban fuera de la misma Europa. Las realidades coloniales no coaccionaron a las naciones europeas, ni de la misma manera ni con la misma fuerza con que éstas lo hicieron en su periferia. La libertad de partida y la de llegada en América y en Europa, no fueron las mismas.

2. CARACTERES DE LA NACIÓN Y DEL NACIONALISMO EN AMÉRICA LATINA

Así como hemos mostrado que la nación europea y sus ideas se organizaron en torno de ciertos principios unificadores muy específicos, veremos ahora cómo estos principios divergen cuando se trata de abordar esa misma realidad en la situación latinoamericana.

Sin pretender ser exhaustivos —algo que por lo demás escaparía al objeto central de este trabajo— quisiéramos sí destacar ahora al menos algunos contrastes básicos. En primer lugar, señalemos que las diferentes naciones americanas resultan de la dispersión de la América Hispánica y de su decadencia económica; situación exactamente opuesta a lo sucedido con las nacionalidades europeas que, como dijimos, son fruto de la concentración geográfica y cultural de sus espacios y poblaciones, es decir, un síntoma de su fortaleza.

En América latina las nacionalidades surgen más bien como fragmentos de un todo mayor y a partir de procesos con fuerte influencia exterior, antes que como decisiones libres y autónomas de estados soberanos que van concentrando poder, como lo fue en el caso europeo. Somos hijos de la fragmentación y de la pobreza, antes que de la concentración y de la riqueza. De aquí que la integración social y regional, así como el desarrollo económico hayan sido el ideal inicial de casi todos los programas políticos latinoamericanos y que ambos, como valores deseables, sigan latiendo hasta el presente. Y esto, aun cuando hemos también dolorosamente aprendido, la mutua imbricación que existe entre aquellos ideales iniciales de integración y desarrollo, con la situación de dependencia estructural que viven nuestras jóvenes nacionalidades, agravado todo esto al presente por el actual proceso globalizador que lo complica más aún. Sin embargo, como asignaturas pendientes, emergen cada vez que la región imagina su futuro.

Ahora bien, dado este peculiar punto de partida, no es de extrañar entonces la debilidad política básica con que nacen estas nacionalidades latinoamericanas —herederas, a su vez, de la debilidad estructural del imperio español que no pudo retenerlas— la cual se les transfiere, agravada. En cambio, está claro que en Europa el proyecto de concentración de la riqueza, dio fuerza y sostuvo a los respectivos Estados nacionales que lo protagonizaron, los cuales contaban además con la exacción colonial como fuente adicional de recursos, cuestión que como ya hemos visto no fue de poca monta.

En relación con ese mismo contexto económico, adviértase además que el ingreso de estos diferentes pueblos latinoamericanos en su etapa nacional, no coincide tampoco con el florecimiento capitalista de sus respectivas economías nacionales sino, muy por el contrario, con su incorporación como colonias económicas en el desarrollo capitalista europeo, que sí se encontraba en plena expansión. Es decir, esas emergentes nacionalidades latinoamericanas son más el fruto de la pobreza colonial, que del desarrollo autónomo de sus potencialidades económicas; muestran a un tiempo, tanto la dependencia estructural de origen, como sus reiterados y hasta ahora fallidos intentos de liberación. Desde sus mismos comienzos, la historia de las experiencias nacionales latinoamericanas —como la cabeza de Jano— presenta a un tiempo dos rostros: el de la incipiente y prometida libertad y el de la vieja dominación colonial: cambian los nombres y los protagonistas, pero ese bifrontalismo irresuelto, insiste y exigirá nuevas respuestas.

Tampoco se dio en el caso americano la regla de oro den-solidación económica de las nacionalidades europeas: una legislación proteccionista de parte del Estado para el desarrollo sostenido de una economía nacional en ascenso, y el ulterior reclamo de medidas librecambistas, para colocar en el mercado internacional sus excedentes de producción. La debilidad política y la pobreza económica, con las que nacieron como naciones estas ex colonias españolas, tornaron formales sus respectivas soberanías políticas y consolidaron su dependencia económica externa. El liberalismo político y económico fue aquí la expresión de una debilidad, antes que esa manifestación de fuerza que sí tuvo en la conformación de las nacionalidades europeas. Ese liberalismo que allá operó como ideología emancipadora y justiciera, invocado en América latina como credo librecambista por las elites criollas dominantes, sirvió más a la consolidación de la dependencia económica que al fortalecimiento de la soberanía política nacional y regional. Es que las cites económicas criollas fueron liberales en lo económico pero profundamente conservadoras en lo político y social, por lo cual, quien traslade también mecánicamente esas categorías políticas a nuestra realidad latinoamericana, deberá prácticamente invertir el sentido del liberalismo para poder entender algo. Entre nosotros, a veces nada más conservador que nuestros liberales y en otras, nada más revolucionario que nuestros conservadores; restos de una curiosa alquimia colonial que precipita hombres, instituciones e ideas de forma muy diferente a las de sus respectivos modelos europeos.

De todo esto deducimos ciertos rasgos culturales que, transcurrido un tiempo, terminarán operando como verdaderos principios estructurantes de las nacionalidades latinoamericanas.

En principio se destaca el insoslayable hecho colonial; aquí se transita de la colonia a la nación, mientras que en Europa el proceso es inverso: se parte de una nación con colonias, que trabajan para la respectiva metrópoli. Este hecho colonial signa los órdenes políticos, económicos y culturales de América latina, al tiempo que explica la aparición de nacionalidades débiles, pobres y altamente vulnerables a los vaivenes de las situaciones externas; y también por qué –a casi dos siglos de sus respectivas proclamaciones formales– la conformación real de una nacionalidad independiente sigue siendo más una tarea que una realidad vivida y consolidada, en la mayoría de nuestros países latinoamericanos. Así el mandato de construir y consolidar una Nación, de formular lo que suele denominarse un «proyecto nacional» independiente, atraviesa gran parte del discurso político latinoamericano, aun después de haberse organizado los respectivos Estados. Y se trata de construir la Nación precisamente porque, a contramano de las secuencias usuales, los otros dos elementos fundamentales de lo político sí existen (hay Estados y hay sociedades), pero queda ese hiato histórico, indispensable para que el Estado nacional tenga un sentido real y pleno, y sus sociedades gocen de una razonable dosis de libertad y capacidad de decisión soberanas. Por el contrario, Europa ya ha consolidado esos procesos básicos hace más de un siglo e incluso hasta los ha agotado; por eso puede plantearse ahora nuevas formas de integración política y económica (lo continental, lo transnacional, lo global).

Y estos últimos ámbitos agregan precisamente un nuevo ingrediente al problema: el de la mundialización del poder y de la política. Las sociedades latinoamericanas siguen teniendo por delante de sí la tarea de completar el ciclo de construcción y consolidación de sus respectivas nacionalidades cuando ya sus viejas metrópolis están en otro estadio. Sin embargo, dicha etapa no puede saltarse por más que muchos cantos de sirena se dirijan en dicha dirección. El hecho de que este proceso deba darse ahora en un escenario internacional por completo diferente y en una era histórica de abierta «globalización», no la releva de esa tarea política básica sino que le otorga marcos, desafíos y oportunidades totalmente diversos. Evidentemente el modelo de nación del siglo XIX no es el del XXI, ni el proyecto nacional de aquellas épocas puede ser el de éstas, pero se confundiría largamente quien creyera que, por azar de la «globalidad», la tarea nacional ya no es necesaria. A no ser que se siga pensando para América latina su incorporación satelital al nuevo orden internacional, para lo cual sí no sería necesario más que continuar con su pasado colonial, convenientemente maquillado de acuerdo con la paleta de los tiempos.

Por el contrario, una era auténticamente global (es decir, ecuménica) requerirá más y no menos capacidad de decisión nacional, para poder participar de ella creativamente. Cuando se alienta lo contrario, seguramente se considera como «natural» la situación colonial latinoamericana, mientras que la era global se concibe como el nombre de un nuevo reino planetario, al que América latina debería acomodarse como antes a sus antiguos conquistadores ibéricos. Una suerte de perpetuo cerro del Potosí, eternamente explotado.¹

Prosiguiendo con estas diferencias, hay que señalar que en América latina se copiaron el republicanismo político y el romanticismo cultural propios del surgimiento de las nacionalidades europeas, pero sin la base material firme (la Nación) que en su lugar de origen le daba un sentido auténticamente revolucionario. De allí ese desajuste básico entre la elaboración intelectual y la realidad, tan común en Latinoamérica: se imita, se adapta, pero se crea muy poco. Todo lo cual se agrava en una era global.

Tanto es así que un historiador clásico, como lo fue el argentino Vicente Fidel López reconocía, a fines del siglo pasado:

La Revolución de Mayo ha llenado su misión. Nos ha dado una patria independiente pero no ha tenido tiempo ni medios de darnos un organismo libre y representativo en sustitución de aquel otro organismo, solemne por años, templado por sensatez administrativa de tres siglos, que ella ha demolido.

Ese «organismo» faltante, al que aludía López ya en el mismo siglo XIX, no es el Estado, sino la Nación. Y esta realidad no es sólo argentina, sino primordialmente latinoamericana.

De todo esto concluimos dos cuestiones en nuestro entender fundamentales para la comprensión de la realidad política y social latinoamericana. En primer lugar, que trasladar las categorías y la intencionalidad de la nación y del nacionalismo europeos a nuestro ámbito específico (cosa que han hecho y hacen no pocos historiadores y analistas norteamericanos y europeos cuando analizan este asunto) es distorsionar enormemente la lente con que consideraremos los hechos y las realidades al sur del río Bravo; también es una distorsión importante entender que en una aldea global la construcción de la Nación es cosa del pasado e innecesaria para América latina, tentación propia de «predicadores», gurues telemáticos y divulgadores de distinto orden e intereses muy concretos.

En segundo lugar, que ese rasgo particular que registran las nacionalidades latinoamericanas en su punto de partida da cierto contenido común a las tareas que reiteradamente tienen por delante, esto es, la búsqueda de la independencia económica, la profundización de su soberanía política y el ansia de una sociedad más justa, con los nombres propios que ellas adoptan en cada país y circunstancias. Se trata, en general de programas que tienen un fuerte contenido reivindicativo y revolucionario, al menos en su formulación teórica y política, y se trata además de un nacionalismo integracionista y no divisionista.

Por cierto que estas formulaciones programáticas muchas veces fueron cambiadas al ejercer efectivamente el poder en un país latinoamericano, lo que es muestra concomitante de nuestra peculiar debilidad política; también es verdad que, en la mayoría de las «caídas» de los gobiernos latinoamericanos, tuvo mucho que ver el abandono de esos ideales iniciales e incumplidos, lo cual produjo el repudio de su propia población una vez transcurrido el tiempo del «realismo» al que generalmente se recurre para justificarlas y cuando se advierte que ese cambio de programa y de ideales políticos no mejora la crisis que llevó a adoptarlos. La reciente década de «recetas neoliberales» (los 'noventa' del siglo XX), es un claro ejemplo en esta dirección insatisfactoria.

Materia:

Introducción a la problemática del mundo contemporáneo.

12° Clase. Cultura e identidad nacional

1) ¿Estás orgulloso de ser argentino?

- Absolutamente
- Mucho
- Parcialmente
- Poco
- Nada

2) ¿Cómo te suena (qué sentís) con la palabra Patria?

- Orgullo
- Agrado
- Indiferencia
- Rechazo

3) ¿Qué aspectos crees que hacen a la identidad de los argentinos?

4) ¿Quiénes o qué cosas asocias con la imagen de la Argentina?

5) ¿Qué es lo mejor y lo peor de la Argentina?